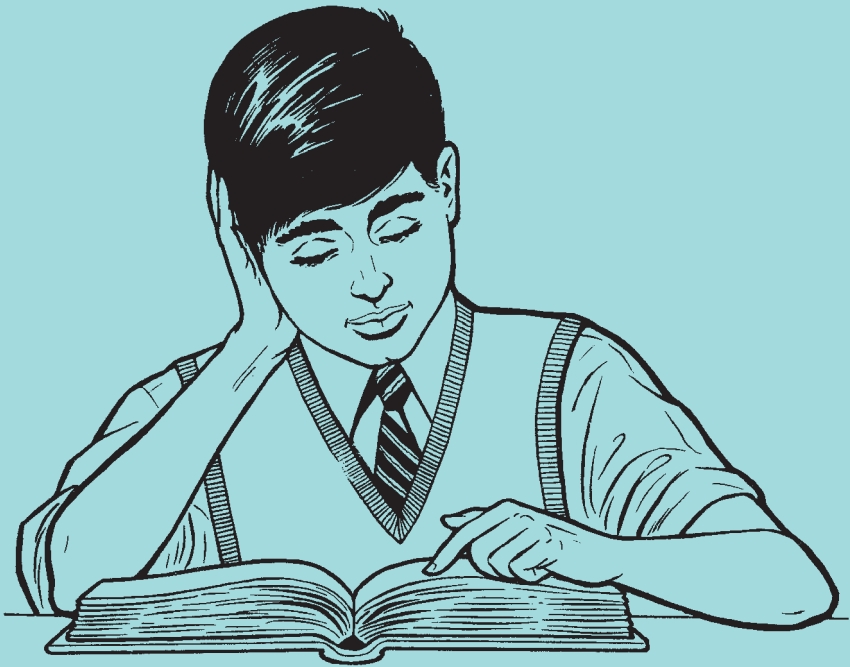


RUBIO

Mi mamá me mima



Las letras y los números de nuestra infancia


ESPASA

RUBIO

Mi mamá me mimó

Las letras
y los números
de nuestra infancia


ESPASA



© Enrique Rubio, 2015

© Espasa Libros S.L.U., 2015

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,

Área Editorial Grupo Planeta

Diseño de interiores: María Pitironte

Ilustraciones de interiores: Archivo personal Enrique Rubio

Redacción de textos: Mariola Cubells

Depósito Legal: B. 19.471-2015

ISBN: 978-84-670-4537-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadeloslibros.com

Impreso en España / Printed in Spain

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Espasa Libros, S. L. U.

Avenida Diagonal, 662-664

08034 Barcelona





Índice

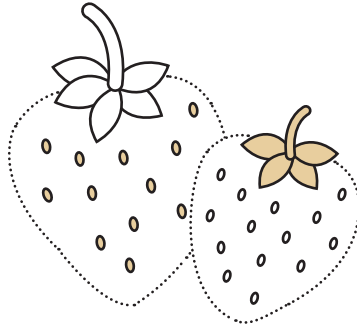
La magia de Rubio 8

Las frases en la pizarra 70

Las vacaciones con los tamagotchis 126

De «Mi mamá me mima» a «Voy a dejar de fumar» 176

De las cartas de amor al doble *check* azul 208



Ramón Rubio sabía hacer trucos de magia, era una de sus grandes habilidades, y la usaba a menudo. Solía convocar a los niños a su alrededor durante aquellas largas tardes de los años cuarenta, de pan y chocolate. En realidad, siempre tuvo gran facilidad con los muchachos, una capacidad para atraer su atención, uno de esos dones que solo tienen algunas personas y que los chavales suelen detectar a la primera.



Había nacido en 1924 en Tarragona, aunque desde muy pequeño vivió en Geldo, un pueblo remoto de Castellón, donde su padre, militar de profesión, estaba destinado. Fue un niño feliz, sin duda, listo y vitalista. Supo desde siempre resolver problemas, y no solo de aritmética. Y pese a que la Guerra Civil española le obligó a dejar en suspenso la escuela durante cuatro años, fue un buen estudiante, ingenioso y creativo. La guerra y sobre todo los años de plomo posteriores podrían haber truncado sus sueños, sus iniciativas. Y Ramón, simplemente, podría haber sobrevivido. Como tantos. Como muchos españoles de su generación. Podría haber seguido, años más tarde, de profesor mercantil, la carrera que eligió tras acabar la secundaria, o en su puesto de trabajo en el Banco de Aragón. Pero el joven Rubio no era como los demás, y su cabeza bullía de planes, de ideas, de magia, en definitiva. Ni él ni los suyos sabían entonces que la magia iba a acompañarle en todos sus proyectos.



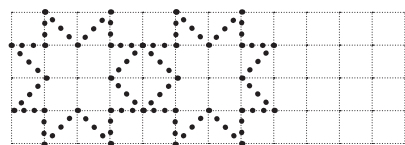
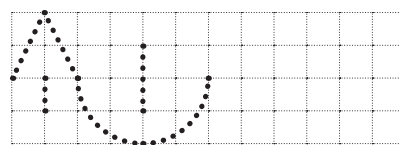
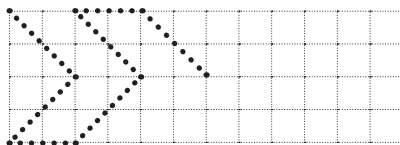
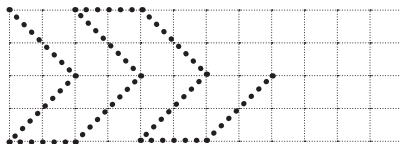


Ramón Rubio

Valencia, 1949

Porque la historia de Cuadernos Rubio es eso, una historia casi mágica, la de una generación entera de niños que luego fueron adultos, y que solo tuvieron dos canales de televisión, de esa televisión en blanco y negro, regordeta, comprada a plazos, con dos antenas que se recolocaban continuamente para captar la señal. De niños con CineExin, de niñas con Nancy. También de adultos que compraron después los cuadernos a sus hijos para que aprendieran lo que ellos no pudieron nunca aprender: una caligrafía pulcra y armoniosa, la aritmética básica que podría hacer la vida más sencilla. Aprendieron —aprendimos— a escribir, a sumar, a restar, a seguir las míticas líneas de puntos —ejercicios de trazos, se llamaban—, con aquellos cuadernillos verdes y amarillos que llenaban, festivamente, los largos veranos de la infancia.

La textura del papel, el color singular, la cursiva, todo el mundo Rubio nos lleva invariablemente a ese tiempo mágico que suele ser la infancia, que es la única patria que existe de veras, según dijo entre otros muchos, el poeta Rilke.

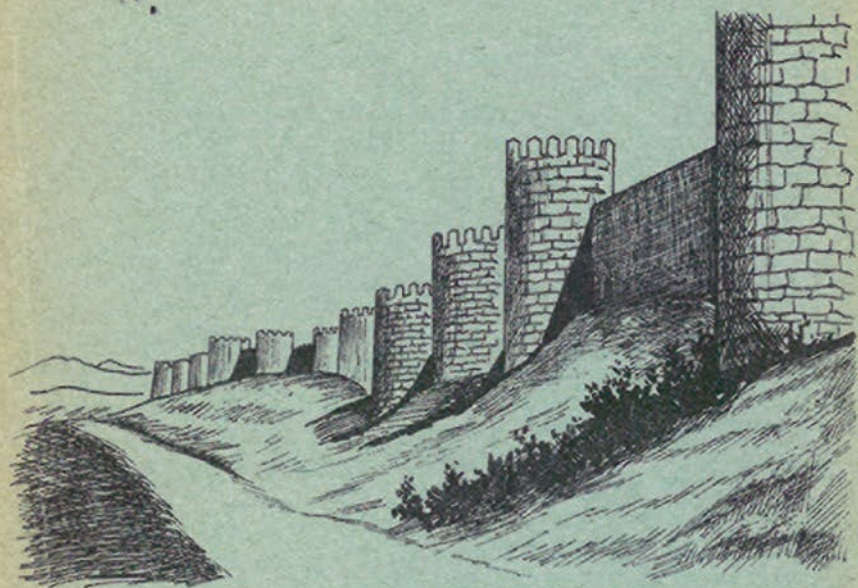


Pero la magia de Cuadernos Rubio no paró ahí, en esa generación de los que ya han cumplido los cuarenta años, de los que estudiaron EGB, para los que *Cuéntame* es mucho más que una serie de televisión, es casi una radiografía de sus años pasados, de sus años felices que veían en familia el concurso *Un, dos, tres* y cuyos padres veían *La Clave*.

Los Cuadernos Rubio también fueron eso: un descubrimiento para muchos. Una manera diferente de estudiar, de aprender, de entender. Los cuadernos estaban en nuestras casas, y llegaban allí donde los padres no podían llegar. Nos enseñaron a escribir y, luego, con aquella caligrafía pudimos escribir nuestras primeras cartas de amor. Nos enseñaron a resolver problemas y, luego, pudimos hacer cuentas para saber cuántas golosinas o gomas Milán con olor a nata nos podíamos comprar.



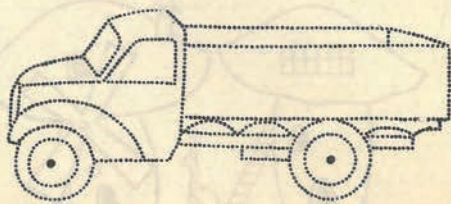
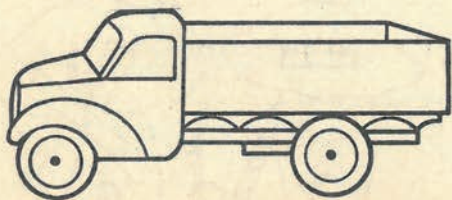
RUBIO



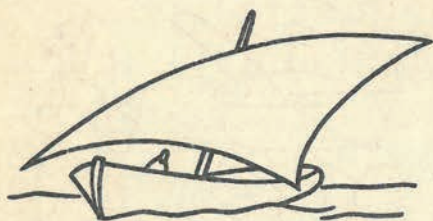
Escritura vertical

PERTENECE A

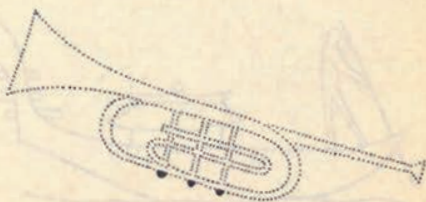
12



Tracing practice for the letter 'L'. The first row contains 12 dotted 'L' characters. The second row contains 12 dotted 'L' characters. The third row contains 12 dotted 'L' characters. The fourth row contains 12 dotted 'L' characters.



Tracing practice for the letter 'I'. The first row contains 12 dotted 'I' characters. The second row contains 12 dotted 'I' characters. The third row contains 12 dotted 'I' characters. The fourth row contains 12 dotted 'I' characters.



r r r r r r r r r r r r r

«No debemos presumir de listos». Quizá la frase se escribió para que los alumnos pudieran enfrentarse a algunas expresiones recurrentes de entonces sobre los zoquetes o los «tontos de capirotos».

r r

r r

r r



no debemos presumir de listos

no debemos presumir de lista

no debemos presumir de listos

no debemos presumir de listos

3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3



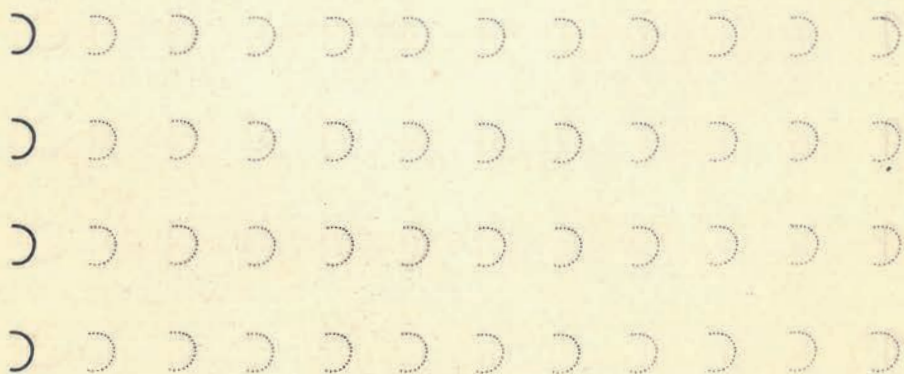
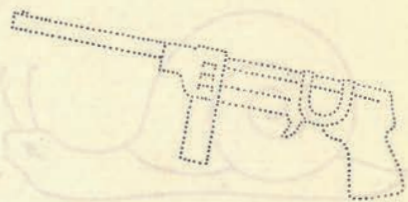
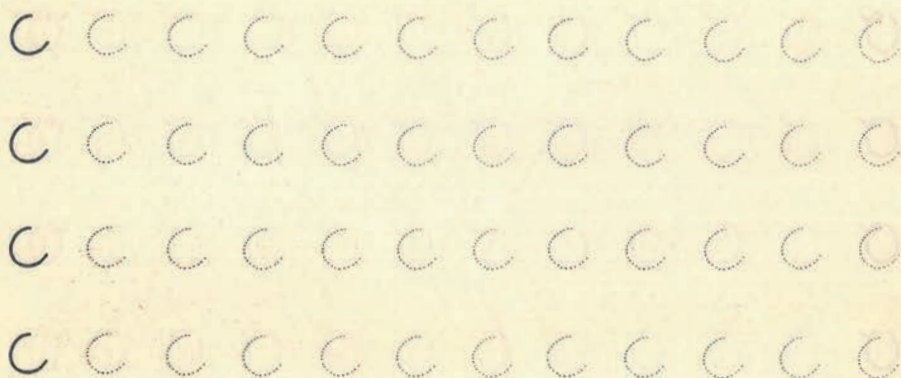
r r r r r r r r r r r r r
r r r r r r r r r r r r r
r r r r r r r r r r r r r
r r

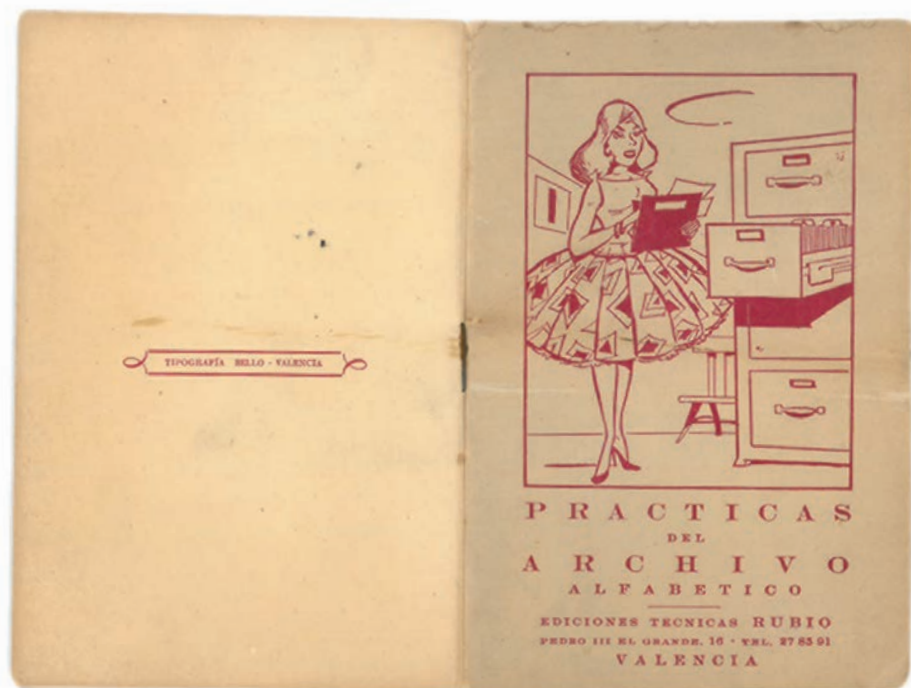
Los nombres de entonces. La frase de los cuadernos no solo rimaba, también estaba, como muchas, inspirada en la realidad. Sí, en aquellos tiempos había niños en clase que se llamaban Pepito. Y Mariloli. ¿Hay algún Pepito en la actualidad con menos de cuarenta años?



pepito tiene un balón bonito
pepito tiene un balón bonito
pepito tiene un balón bonito
pepito tiene un balón bonito

3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3 3





Pero también son los cuadernos de ahora, de niños tecnológicos, multipantallas, de niños con iPads. Aquí siguen, renovándose, inventando nuevas maneras de despertar la creatividad, la sagacidad. Aquí sigue viva la magia de Ramón Rubio. Si alguien en aquel momento le hubiera dicho que en 2014, por ejemplo, se iban a vender más de cuatro millones de ejemplares de aquellos cuadernillos artesanales, probablemente se hubiera partido de la risa.

ideado el fichero alfabético, práctico y sencillo, que se compone de 60 fichas, y en cada una hay escritos tres nombres: el de la parte superior se refiere a personas; el del centro, con tinta encarnada (para mayor facilidad al ordenarlas), corresponde a nombres comerciales y a Organismos Públicos, y el de la parte inferior pertenece, indistintamente, a personas, a establecimientos comerciales y a Organismos Públicos.

Por tanto, se pueden ordenar las fichas alfabéticamente formando tres combinaciones distintas según se tenga en cuenta los nombres superiores, centrales o inferiores.

Antes de proceder a su ordenación pueden barajarse las fichas, y después de ordenadas con arreglo a una de las tres combinaciones, no hace falta barajarlas de nuevo para ordenarlas de acuerdo con cualquiera de las otras dos combinaciones restantes.

Para mayor facilidad conviene ordenarlas en grupitos de 10 a 15 fichas cada uno para resumirlas después en uno sólo.

Una vez dispuestas las fichas por orden alfabético se deben comprobar con la relación correspondiente, que figura a continuación, colocando las fichas mal ordenadas, si las hubiere, en posición perpendicular para darse cuenta de los errores cometidos.

En los Colegios conviene, de cuando en cuando, que los alumnos se cambien las fichas, después de ordenadas, para buscarse los errores mutuamente.

El profesor, a la vista de la relación que haya indicado ordenar, escuchará de sus alumnos los nombres correlativamente advirtiendo los errores.

El alfabeto español consta de las 28 letras siguientes:

a b c d e f g h i j k l ll
m n ñ o p q r s t u v x y z

RELACION DE NOMBRES DE PERSONAS

Vicente	Avilés García.
Ramón	Benet Ros.
Carmen	Beneyto Alabau.
Francisca	Coret Velasco.
Luis	Correcher Blasco.
Ricardo	Chinchilla Martín.
Ambrosio	Chiner Ballester.
Amparo	Diego Pla.
José	Domínguez Palasí.
Josefina	Elías Giner.
Carmen	Espinosa Martínez.
Consuelo	Folch Hernández.
Miguel	Folgado Peris.
Germán	Gálvez Soler.
Vicente	Gimeno Pérez.
Andrés	Gimeno Peris.
Fernando	Guijarro Samper.
Enrique	Hueso Marqués.
Julián	Huguet Asensi.



Ramón Rubio y Marina Polo

Valencia, 1953

Cómo empezó todo

Estamos en los años cincuenta. En una España franquista y gris. El joven Rubio tenía apenas veinticinco años. Aún no se había enamorado de Marina Polo, la hija del médico de Geldo, el pueblo donde ambos se habían conocido. El azar, una vez más, llegaba a la vida de Ramón Rubio: a su padre lo destinaron a ese lugar, al mismo al que destinaron al padre de la que iba a ser la mujer de su vida. Marina Polo fue un factor determinante en la creación de los cuadernos, y cuando murió de leucemia, Ramón nunca se acabó de reponer del duelo. Habían tenido cuatro hijos, y Enrique, el que más tarde se haría cargo de la empresa familiar, tenía diecinueve años. Para entonces, los cuadernillos ya iban viento en popa.



Pero para ese amor con Marina aún faltaban unos cuantos años. Por entonces, Ramón trabajaba en el Banco de Aragón, en Valencia, por las mañanas. Era tarea fácil, cómoda, que no le ocupaba más tiempo del reglamentario ni más neuronas de las precisas. Así que el joven Rubio quería más. Como siempre, quería más. Decidió que tenía que llenar sus tardes con alguna novedad. Algo que le ilusionara, que le gustara de veras.



Y fundó nada más y nada menos que una academia, la Academia Rubio, en el centro de Valencia. La montó con poco dinero. Era un bajo de la calle Taquígrafo Martí, discreta y austeramente amueblada. ¿Por qué decidió abrir precisamente una academia y no, por ejemplo, una heladería? Sencillo: enseñar, compartir conocimientos se había convertido casi en una obsesión. Allí empezaron a acudir, primero a cuentagotas y luego en tropel, muchachos que necesitaban prepararse en contabilidad,

en cálculo, en secretariado para poder acceder a los puestos que ofertaba el mercado laboral. Eran, recordemos, otros tiempos, donde el acceso a la enseñanza estaba limitado a unos pocos afortunados. Así que los jóvenes que no habían estado en ese grupo de privilegiados descubrieron en Academia Rubio el lugar en el que aprender lo que nadie les había podido enseñar.



Ramón Rubio

Entrega de diplomas en Academia Rubio, 1956